

Rasgos Biográficos de Dominicanos Célebres

Por JOSE GABRIEL GARCIA

TOMAS CORREA CORSEGA

Si el talento o la virtud, dones de la naturaleza que asemejan el hombre a su creador, bastan separadamente para rodear al que tiene la fortuna de verse premiado por sus favores, de una aureola de gloria tan esplendente como impercedera, cuando la casualidad quiere que anden hermanados, tejen sobre la cabeza de sus criaturas una corona de inmortalidad de tanto mérito, que ni aún la mano del tiempo que todo lo destruye, puede empañar el brillo de las joyas que la enriquecen, ni extinguir la fragancia de las flores que la adornan.

Por eso, de todas las entidades científicas y literarias que durante el siglo pasado brotaron del suelo de Quisqueya para conquistarle el honroso título de Atenas del Nuevo Mundo, ninguna ha conseguido legar al porvenir una fama que irradie luz más pura, ni conserve prestigio más bien merecido, como la que en pos de sí dejó al morir el venerable doctor don Tomás Correa Corsega, ornato y orgullo del clero dominicano, que a un talento sin límites, reunía un tesoro de virtud inagotable.

Fruto de un matrimonio que mantenía embalsamada la atmósfera de llevadera pobreza en que lleno de conformidad vejetaba, con los suaves perfumes que emanan de la cordialidad y de la honradez, abrió los ojos al mundo en la ciudad de Santo Domingo en uno de los meses del año 1766 (1), coincidiendo su modesto nacimiento con la modificación saludable experi-

mentada por todos los gérmenes de progreso en la colonia a causa de la sabia medida de Carlos IV echando a rodar las trabas que la celosa política española había tenido puestas hasta entonces al comercio de sus posesiones americanas.

Pero destinado a sufrir desde temprano los rudos embates de la desgracia, apenas contaba cuatro años de edad, cuando implacable la muerte le arrebató para siempre a su padre, dejándole abandonado no más que a los cuidados de su buena madre, mujer fuerte de espíritu y de castidad modelo, que conservando sin desmentirse un respeto profundo por la memoria de su malogrado esposo, supo guardar religiosamente la santidad de su estado, y concretar el resto de sus días a la oración y al esmerado cultivo de la débil planta que, en sus ensueños amorosos, aspiraba a ver convertida en robusto árbol, a cuya sombra vivificadora pudiera descansar en la vejez de los afanes de la juventud, y de las mortificaciones del trabajo.

A punto estuvo la virtuosa matrona de haber visto perdidos en una sola hora todos sus desvelos, y aniquiladas de un solo golpe todas sus esperanzas, pues por una de esas fatalidades que por lo frecuentes son tan difíciles de evitar, resultó que estando un día sentado a la mesa el niño objeto de sus amores, que no contaba todavía arriba de cinco años, se tragó sin querer una espina de pescado, que atravesándosele en la garganta, le puso al borde de la tumba, a la cual habría bajado sin duda en la mañana de su vida, si un médico bastante competente no hubiera acudido pron-

(1) Nació el 21 de diciembre, día de Santo Tomás apóstol, del año 1765, siendo bautizado en la Santa Iglesia Catedral por el Pbro. Jerónimo Melchor Paredes, cura y vicario de la ciudad de Bayaguana, cuando suplía al Pbro. Lic. Pedro de Jesús Paredes, cura teniente, con licencia del Itmo. Sr. Dr. Felipe Ruiz Ausmendi, arzobispo de esta Metrópoli, el día 6 de enero de 1766. (*Libro XIV de Bautismos, folio 89 vto. Est. B, Caj. 4, Leg. 1.*) Era hijo legítimo de Juan Gregorio Correa y de Francisca El apellido de la madre parece que fué escrito *Orzella* y luego corregido y parece leerse *Orella*. En la partida bautismal de Josefa, hermana del biografiado, el apellido de la madre es *Corzo*. (*Libro XI, f. 242*). El Rev. Fr. Cipriano de Utrera, en su obra *Universidades. . .*, S. D., 1932, en la pág. 521 escribe *Orella*, y en la 536 *Corzo-Orella*. Garcia siempre que hace mención de su biografiado (*Compendio de la Historia de Santo Domingo, S. D., 1894, tomo II, pgs. 19 y 56*) le pone *Córsega* como segundo apellido. Nouel, en cambio, (*Historia Eclesiástica. . .*, S. D.,

1914, tomo II, págs. 109, 115, 186, 194, 202, 238 y 256), omite el segundo apellido. La partida de defunción de la viuda de Juan Gregorio Correa, fallecida el 12 de octubre de 1779, dice *Corzo*. (*Catedral, Libro XII de Obitos, folio 26. Estante B, Cajón 17, Legajo 6*).

No he visto el acta de matrimonio de los padres del ilustre eclesiástico dominicano, pero presumo que *Córsega* es el segundo apellido de su progenitor, del mismo modo que Valverde, que Meriño (*Geografía física, política e histórica de la República Dominicana, S. D., 1889, seg. edic., p. 110*), y García (*Historia. . .*, t. III, p. 6, 9, 79, 88, 160) dan como segundo apellido del sabio y olvidado Obispo D. Elías Rodríguez, el *Doctor Elías* como le llamaban sus discípulos, siendo en realidad el de su padre, como nos ha sido dable comprobar.—(V. A. D.)



to a salvarlo, prestándole a tiempo los poderosos auxilios de la ciencia, de esa consorte de su genio que, adivinando el porvenir, quiso anticiparle con una protección decidida, la recompensa de los esfuerzos que más tarde debía hacer con la palabra, por conservar incólume su imperio en la Primada de las Indias.

Como en medio de la tribulación que a la desolada madre produjo este lance terrible, en que veía al hijo de sus entrañas corriendo el peligro de la muerte, la luz de la fe que había heredado de sus mayores, le iluminó la idea de apelar a los recursos de la religión, ofreciéndole en el enfermo un siervo a San Francisco si lograba sacarlo con bien de sus apuros, apenas se vió éste completamente sano y salvo, cuando en cumplimiento de la devota promesa tuvo que echarse el hábito del santo, circunstancia providencial que dió margen a que el Guardián del Convento, siguiendo la costumbre establecida, lo tomara a su cargo a la tierna edad de seis años, época en que blando todavía el corazón se amolda con facilidad a los buenos sentimientos y en que libre el alma del contagio de las pasiones, se presta a recibir el germen de las buenas acciones y del noble proceder.

Fuente el Convento de San Francisco, no sólo fecunda en ejemplos de humanidad, de dulzura y de piedad, sino también en conocimientos científicos y literarios, el ingreso del niño Correa Córsega a sus claustros, debe considerarse como el origen de su futura elevación y grandeza, pues habiendo obtenido un asiento privilegiado en el banquete en que de continuo brindaban aquellos padres virtuosos el pan de la instrucción a los niños nobles que tocaban a sus puertas, supo aprovecharse tan hábilmente de esta ventaja, que cuando al cumplir los trece años de edad se despidió de sus primeros maestros, con motivo de la prematura muerte de su madre, ya poseía los rudimentos necesarios para entrar en estudios serios, felicidad que bien podemos decir que le vino por las puertas de la desgracia, pues sin el fatal incidente de la espina, acaso no habría podido alcanzarla tan fácilmente, cuenta habida de la oscura posición de su familia, con relación a las preocupaciones de la época.

Sometido después de la deplorable muerte de su madre, a la benévola dirección de su hermano mayor don José Correa Córsega, que enamorado de sus buenas disposiciones, deseaba ayudarle a seguir la carrera eclesiástica, para la cual tenía una vocación muy marcada, vino a parar al fin, merced a las diligencias de aquél, a manos del esclarecido sacerdote doctor don José Ruiz, quien prohibiéndolo cariñosamente, se lo llevó en compañía suya a Venezuela, dejándolo a su retorno a Quisqueya muy bien recomendado en Ca-

racas, en cuya renombrada Universidad, recibió a la sombra protectora del presbítero doctor don Domingo Berroterán, su rector, un curso completo de filosofía, durante el cual llegó a captarse, junto con la admiración de sus profesores, el amor y el respeto de sus discípulos.

No bien terminó el curso de filosofía, cuando despidiéndose de Caracas, resolvió trasladarse sin pérdida de tiempo a la isla de Puerto Rico, donde pasó algunos días en completa inacción, mientras se le presentaba la oportunidad de regresar a la patria, lo que consiguió a la larga con el beneplácito de sus deudos, quienes no pudieron menos de concebir grandes esperanzas, al verle ingresar inmediatamente en la afamada Universidad de Santo Tomás de Aquino, ese semillero de sabios eminentes, y tomar asiento en los bancos dedicados a las clases de derecho canónico, teología y bellas letras, previo por supuesto un lucido examen, en que desplegando todo el vigor de su talento, dejó cautivado al auditorio, así con la viveza de su imaginación, como con el aplomo de sus ideas, y la robustez de sus argumentos.

Dotado por la naturaleza de todas las condiciones necesarias para ser un buen estudiante, pues a una memoria feliz, juntaba una comprensión fácil, un discernimiento claro, mucha aplicación y bastante asiduidad, presto comenzó a demostrar a sus nuevos profesores, que no sembraban las simientes del saber en campo estéril, sino que cultivando un terreno abonado por vigorosa savia, debían prometerse recojer con el tiempo abundosa cosecha de frutos en sazón, ilusiones que al terminar los cursos señalados por los reglamentos vieron completamente realizadas, pudiendo presentar en el joven Correa Córsega un discípulo capaz de devolver, aumentados en la proporción de ciento por uno, los conocimientos literarios que le habían inculcado desde la cátedra; y en situación de desarrollar con pureza y espiritual cultura, las doctrinas teológicas que con una fe purísima le habían explicado.

Premiado a unanimidad de votos en los exámenes a que anualmente tenía que someterse, fué marchando con la adquisición de grados universitarios los progresos que hacía en el camino de las ciencias, de manera que cuando merced a la benevolencia del ilustrísimo señor don Isidoro Rodríguez, arzobispo de la Arquidiócesis, recibió en 1786 las primeras órdenes sagradas, como una recompensa debida a su espíritu profundamente religioso y a la santidad de sus costumbres, ya se hallaba en aptitud de poder asociar a sus adelantos en la carrera científica los que hizo en la carrera eclesiástica, noble aspiración que era objeto de desvelos para los clérigos que estudiaban en su épo-



ca, los cuales tenían a orgullo no abrirse la corona sacerdotal, mientras no podían abrirla bajo la honrosa borla del doctorado.

Esta satisfacción la obtuvo, a la par de varios de sus condiscípulos, el tonsurado Correa Córsega, quien hermanando los méritos que contraía en los certámenes teológicos, con los que conquistaba en la práctica constante de todas las virtudes, logró unificar de tal modo su marcha hacia la cúspide de ambas eminencias, que cuando en 1790 recibió de manos del ilustrísimo señor don fray Fernando de Portillo y Torres, arzobispo de la metrópoli, la augusta investidura del sacerdote, llevaba ya sobre sus hombros con la gracia y la gentileza de la modestia, la muceta que simboliza el grado de doctor.

Una vez graduado de doctor y ordenado de sacerdote, no era posible que el ilustre Prelado dejara de utilizar sus buenas aptitudes para el desempeño de un curato importante; de suerte que al año de haber cantado su primera misa, prendado aquél de su castidad nunca desmentida, y de su fervor religioso siempre ardiente, se dignó conferirle, no obstante faltarle la edad competente, licencia para predicar, bautizar y confesar a ambos sexos, coronando esta prueba de aprecio y distinción, con el nombramiento que en 1791 le expidió de cura de la parroquia de Higüey, Santuario de Nuestra Señora de Altagracia, muy concurrido por los vecinos de la isla, de los cuales muchos van a él anualmente en romería, a cumplir devotas promesas y votos de ferviente piedad.

Con este motivo precisamente, dice Céligni Ardouin, uno de los mejores publicistas haitianos, que "explotando esa rica mina abierta por la ignorancia y el fanatismo, Tomás Correa no habría adquirido sino esa estrecha celebridad que se encierra en la tumba; pero en cambio habría ganado una fortuna inmensa, y en su pecho habría brillado una cruz de diamante, en lugar de una modesta cruz de madera semejante a aquella en que expiró el hombre-dios; pero ¿qué eran para Correa los goces perecederos de este mundo, al lado de los del espíritu y el corazón, y de los que esperaba alcanzar en el otro por premio de la pureza de sus principios? Lejos de recibir con alegría y de acojer todas las ofrendas hechas por los peregrinos, rechazaba las que tenían por objeto una esperanza insensata, y sólo admitía las que se hacían en homenaje a la divinidad. Sus negativas iban siempre acompañadas de útiles consejos, en los que trataba de hacer pasar sus propias convicciones al alma de sus oyentes".

Y en verdad que no anduvo equivocado en su juicio el escritor haitiano, pues en los cuatro años poco más o menos que estuvo el padre Correa Córsega

al frente del productivo curato de Salvaleón de Higüey, hizo impensado alarde de tantos rasgos de religiosidad y desinterés, que cuando a consecuencia de unas calenturas rebeldes que le produjo la humedad del clima, tuvo que pedir al jefe de la Iglesia su definitivo reemplazo, todos los feligreses lamentaron su ausencia, temerosos de no encontrar otro párroco en quien concurrieran como concurrían en él, tantas prendas juntas dignas de aplauso y admiración, pues a más de una ciencia sólida, poseía una generosidad sin tasa, y tenía la buena cualidad de odiar la hipocresía y el fingimiento.

Unas veces de temperamento en el pueblo de San Carlos, y otras con su residencia en la ciudad de Santo Domingo, continuó sufriendo mucho con las calenturas que cogió en Higüey, las que convirtiéndose en cuartanas, le duraron por espacio de siete años, sin obligarle por eso a desatender al cumplimiento de su ministerio, ni a negarse a aceptar los encargos con que le honraba el Prelado, entre los cuales fué uno de los más importantes, el que le hizo el 24 de marzo de 1794, al confiarle interinamente la plaza de teniente cura de la catedral, con motivo de haber enfermado el presbítero don Manuel González, que a la sazón la desempeñaba.

Restablecido el padre González de su penosa enfermedad, aprovechó la ocasión su digno sustituto el doctor Correa Córsega, para pasar con la competente licencia a la ciudad de Santiago de los Caballeros, en busca de su perdida salud, bien supremo que no pudo hallar inmediatamente en la ondina del Yaque, la cual se esmeró en dispensar a tan distinguido huésped, todas las atenciones y preeminencias a que le hacían merecedor las altas dotes, morales e intelectuales, con que la Providencia había premiado de antemano la nobleza de sus acciones y la sinceridad de su proceder.

Profundamente agradecido a estas pruebas de distinción, cifró como era natural, todo su empeño, mientras estuvo residiendo en la capital del Cibao, en retribuir desde la cátedra sagrada con sermones llenos de piadosa ternura, los obsequios que recibía de todas las clases; llegando a hacerse tan popular con la elocuencia de su palabra que difícil le habría sido dar las espaldas a aquellas comarcas sin un motivo muy justificado, como vino a probarlo el disgusto con que fué recibida la noticia de que le habían nombrado capellán de marina de la escuadra que mandaba don Antonio Ocarol en Bayajá, empleo de que no llegó a tomar posesión, así por la repugnancia con que veía las cosas temporales, como por habérselo impedido sus continuos achaques.



Empero, restablecida un tanto su salud con la desaparición temporal de las tercianas dobles en que habían degenerado las calenturas de que venía sufriendo desde que estuvo de cura en Higüey, no pudo negarse a aceptar accidentalmente el curato de Santiago, a causa de haber enfermado el párroco titular, doctor don Francisco del Monte, sacerdote de sanas intenciones y de grande ingenio, que ajeno de envidia y libre de ambición, se apresuró a rogar encarecidamente al Prelado, premiara los buenos servicios que durante su enfermedad le había prestado el padre Correa Córsega, expidiéndole el nombramiento de teniente cura, lo que de buen grado hizo el señor de Portillo el 2 de febrero de 1796, a gusto y satisfacción de todos los miembros del cabildo, que veían en el gallardo maestro de nuestra elocuencia sagrada, un precioso dechado del verdadero sacerdote.

El regocijo con que la sociedad santiaguesa recibió este fausto suceso, encontró como era de colegir, su debida recompensa, en el interés que por sus nuevos feligreses hubo de tomarse el doctor Correa Córsega, quien impulsado a continuar por obligación, los trabajos que voluntariamente venía haciendo en la cátedra, por perfeccionar las costumbres, e instruir a las masas en los preceptos de la religión, se granjeó en la parroquia un ascendiente tan poderoso, que comprendiendo el sabio Prelado todo lo que en esplendor y pureza podía ganar el culto en el Cibao, encomendándolo a la dirección de tan hábiles manos, le nombró vicario foráneo de aquellas comarcas el 5 de mayo de 1796, medida aconsejada por el buen deseo, que tuvo general aceptación y produjo magníficos resultados.

Cinco años y medio estuvo el doctor Correa Córsega al frente de la importante vicaría de Santiago de los Caballeros, haciendo durante este período tantos esfuerzos por corresponder dignamente a las esperanzas que al colocarle en ella concibiera el señor de Portillo, que colmando con su noble afán de beneficios a la Iglesia y de venturas a la sociedad, llegó a alcanzar junto con la fama de virtuoso que supo llevar sin mancilla a la tumba, el encumbrado puesto que en la jerarquía de los sabios quisqueyanos conserva todavía para honra de su nombre, y gloria de la patria. Innumerables habrían sido, sin disputa, las ventajas que de la sana índole y vasta instrucción de tan buen pastor hubiera reportado el Cibao, si las vicisitudes a que se vió condenada la infelice Quisqueya al nacer la aurora del presente siglo, no lo hubieran privado del recurso de sus auxilios espirituales.

Ocupada militarmente la antigua parte española de la isla por las huestes indisciplinadas de Toussaint

Louverture, en virtud del célebre tratado de Basilea, no quiso el padre Correa Córsega ser testigo de las desgracias que este hecho iba a provocar en el porvenir; y aunque el general Clerveaux, comandante militar del Cibao, hizo diligencias inauditas por persuadirle a que permaneciera en su puesto inspirándole suma confianza y dándole toda clase de garantías, pidió su inmediato reemplazo al jefe interino de la Iglesia; y dejando a sus amados feligreses sumidos en el mayor desconsuelo, se despidió definitivamente de Santiago el día 15 de octubre de 1801, cogiendo el camino que conduce a Montecristi, en unión de la respetable familia del doctor don Tomás de Portes e Infante, dignísimo arzobispo que fué de Santo Domingo durante la primera época de la República.

No bien hubo llegado a Montecristi, cuando embarcándose en una goleta, que fletada expresamente por el padre del señor Portes estaba allí aguardándole, se dirigió al puerto de Baracoa, en la isla de Cuba, donde obtuvo un recibimiento digno de sus altas prendas, y ejerció sus funciones sacerdotales a satisfacción del cura de la parroquia, que generoso y hospitalario, compartió con él los trabajos que se presentaron durante los cuatro o cinco meses que lo tuvo a su lado, siendo así que el 24 de marzo de 1802 se trasladó a la ciudad de Santiago de Cuba, cabeza de la Arquidiócesis, a ponerse personalmente a las órdenes del Prelado, ilustrísimo señor doctor don Joaquín Ozés y Arzua, quien colmándole de distinciones, le concedió sin término todas las licencias generales, inclusa la de predicar en la Catedral, y le confirió las facultades de habilitar incestuosos y revalidar matrimonios.

Poco menos de un año permaneció el padre Correa Córsega en Santiago de Cuba, donde objeto de aplausos y distinciones, tuvo ocasión de demostrar varias veces desde la cátedra sagrada, con su dicción castiza y su estilo fácil y elegante, que si Quisqueya se había puesto pobre en ventura, era todavía rica en ilustración y en grandes ingenios, pues fama es que no sólo enseñaba recreando, sino que corregía cautivando al auditorio con la sensibilidad de su corazón y la fuerza de su raciocinio. Fué precisamente entonces, cuando pronunció en el pueblo del Cobre aquella famosa oración sobre la Virgen, asunto predilecto de sus meditaciones y estudios, en que realzando la dignidad de las letras y de la ciencia, logró conquistar el alto renombre que en la isla de Cuba sirve a su memoria de aureola esplendente de gloria.

De la ciudad de Santiago se trasladó en 15 de febrero de 1803 a la de Bayamo, en el interior del departamento oriental, provisto de todas las licencias y facultades que le habían sido concedidas por el señor



Ozés y Arzua, las cuales ejerció a gusto y contento de la parte más conspicua de la población, que conociéndole de antemano por boca de la fama, no se cansaba de oírle predicar, ni de admirar a la vez que lo poderoso de su entendimiento, lo audaz de su espíritu y lo sensible de su fantasía. Refiere la tradición, esa lumbrera que aclara la oscuridad del pasado, que entre las oraciones que improvisó en Bayamo, preponderaron dos que pronunció en el Hospital de Regla, así por el brillo y la elegancia del estilo en ellas empleado, como por la solidez de las doctrinas que en ambas sustentó para provecho de los fieles y honra de la Iglesia.

Seis años por lo menos vivió el doctor Correa Córsega en la ciudad de Bayamo, disfrutando a la par que del respeto que infundía a la masa común del pueblo con su conducta ejemplar, de las consideraciones a que le hacían merecedor ante los círculos más escojidos de la sociedad, su reconocida erudición y su profundo talento; pero reconquistada Quisqueya para España en virtud de los esfuerzos de los naturales, capitaneados por el ilustre cibaëño don Juan Sánchez Ramírez, a quien la historia bendice como héroe de la hazaña de *Palo-Hincado*, no vaciló en preferir a los honores extranjeros los aplausos nacionales; y dando su último adiós a la tierra hospitalaria en que había encontrado pan y amor, regresó en 1809 a los lares patrios, donde le aguardaban distinciones compatibles con sus méritos personales.

Ocupado el comisario regio don Francisco Javier Caro en organizar la administración pública de la colonia, no podía dejar olvidado al doctor Correa Córsega, al hacer las presentaciones necesarias para la formación del cabildo eclesiástico; de manera que en 1810 tuvo la satisfacción de verse honrado con el nombramiento de Lectoral de la santa iglesia catedral, canonicato llamado de oficio que se confiere por oposición a un graduado de doctor en teología con la obligación de explicar la Escritura, que aceptó a instancias de sus numerosos amigos, deseoso de poder dedicarse a la instrucción de la juventud, que era el blanco a que dirigía sin descanso sus esfuerzos, persuadido de que no hay cosa mejor que enseñar al que no sabe, ni nada causa tanta satisfacción como repartir el pan de la ciencia a los que tienen hambre de instrucción.

Y cuenta que no tardó mucho en hacerlo con largueza para desahogo de su númen poderoso, pues reinstalada solemnemente la célebre Universidad de Santo Tomás de Aquino, merced al patriotismo y buenos deseos del Licenciado don José Núñez de Cáceres, gala y orgullo del foro quisqueyano, quien progresista

por naturaleza, señaló con esta plausible medida su corta permanencia en el gobierno político de la colonia, a consecuencia de la muerte del brigadier don Juan Sánchez Ramírez, fué el doctor Correa Córsega uno de los primeros maestros llamados a regentar las nuevas cátedras, honor insigne que a la vez que le permitió no dejar que su brillante inteligencia se oscureciera en la inacción, le proporcionó el agradable placer de formar un gran número de discípulos, entre los cuales se enorgullecía de verse dignamente reproducido.

Ligado por lazos de familia, en virtud y ciencia con el doctor Pedro Valera y Jiménez, preclaro arzobispo de la arquidiócesis, no sólo se distinguió en su calidad de profesor, como uno de los que con más interés supo ayudarle a sostener, a despecho de las contrariedades de la época, el rico plantel de donde salieron ilustrados los Rodríguez, Bobadilla, Montolio, Valverde, Morilla, Zerezano, Regalado y Pedro Núñez de Cáceres, sino que como canónigo lectoral, asiduo en sus tareas, no le dejó nada que apetecer en cuanto a interés por mantener el culto católico a la altura en que siempre brilló en la Primada de las Indias, circunstancias a cual más meritorias, que indujeron al agradecido Prelado a llevarle en su compañía a Puerto Rico, cuando fué a consagrarse, y a tenerle luego, durante muchos meses, como huésped distinguido en su palacio.

Mirados ambos en su conducta, naturales en sus pensamientos, de ideas generosas y grandes en sus creaciones, no era posible que después de trabajar juntos largo tiempo por enriquecer la ciencia sin desnaturalizarla, y por ensanchar la religión conservándole su primitiva pureza, pudieran separarse fácilmente en fuerza de las vicisitudes mundanas; de suerte que aunque la desgraciada Quisqueya se vió convertida en esclava de Haití, con motivo de haberse malogrado el plan revolucionario con que el ilustre Núñez de Cáceres pretendió darle autonomía y gobierno propio, ni el doctor Correa Córsega quiso emigrar, como hicieron todos los dominicanos pudientes, por no dejar detrás a su venerable Prelado, ni este quiso verse privado de uno de sus más fieles amigos, y de sus más desinteresados servidores.

Al lado, pues, de su inimitable superior eclesiástico, presto a suministrarle con los consuelos de la amistad, ánimo y serenidad en los momentos de mayor consternación, no sólo vió el padre Correa Córsega anegado el corazón en un mar de sentimiento, desplegarse al soplo destructor de la dominación haitiana, el edificio gigantesco que había servido de morada a las bellas letras y a las ciencias en el nuevo mun-



do, desde los remotos tiempos de la conquista, sino que vió también apagarse en la desidia, por falta de recursos materiales, la luz del brillante cabildo que con paso firme guiaba al clero nacional por la senda de sus deberes, así sociales como políticos y espirituales.

En vano hizo esfuerzos sobrehumanos por secundar al señor Valera en la tarea de atajar los efectos del desbarate lastimoso que como por encanto hubo de invadir a ambas corporaciones, porque entrando en los cálculos de los dominadores reducir al pueblo a la ignorancia para poderlo subyugar más fácilmente, no encontraba apoyo en las nuevas autoridades, sobre todo en el general Borgellá, gobernador del departamento, quien en vez de premiar el afán de los que trabajaban por conservar a Quisqueya sus viejos timbres, sospechaba de la sinceridad de sus intenciones, atribuyéndoles miras hostiles contra el orden de cosas existente; mala suerte de desconfianza que por lo regular impera entre los servidores de la tiranía, como para alejarlos del camino del acierto y llevarlos por sus propios pasos al abismo de una segura perdición!

Cuenta habida de lo apremiante que con este motivo llegaron a ponerse las circunstancias, de suponer es que a la postre habría tenido el doctor Correa Córsega que abandonar los lares patrios, a imitación de lo que hicieron la mayor parte de sus compañeros de estudios, para ir a buscar en tierras extrañas tranquilidad para el espíritu y paz para la conciencia; pero una penosa enfermedad que le comenzó el día 4 de diciembre de 1825, vino desgraciadamente a inutilizarle por completo, amargando su penosa vejez no obstante las diligencias que hicieron los mejores médicos que se habían quedado en el país, por detener el curso del mal y prolongar, aunque fuera artificialmente, una vida tan preciosa y tan útil a la sociedad.

No siendo posible conseguirlo, porque la terrible

enfermedad en lugar de ceder iba en aumento, creyeron los facultativos que debía operarse cuanto antes; y como entre ellos no había uno que fuera competente para hacerse cargo de la peligrosa operación que el estado de su salud exigía, le aconsejaron que se trasladara a la ciudad de Port-au-Prince, capital de la República de Haití, donde había profesores entendidos capaces de salvarle, o cuando menos, de proporcionarle algún alivio. Dócil a este consejo, hijo de la amistad y del buen deseo, se embarcó el 18 de mayo de 1826 con destino al puerto de Jacmel, al cuidado de dos sirvientes escogidos, y en compañía del Licenciado Tomás de Aquino Rosó y Canó, médico cirujano de nobles prendas y de reconocidos conocimientos prácticos, que admirador entusiasta de las virtudes del ilustre enfermo, quiso prestarle durante el viaje sus auxilios profesionales.

Habiendo llegado sin novedad a Jacmel a los cinco días de una pesada navegación, fué conducido inmediatamente en litera por la vía de Leogane a la ciudad de Port-au-Prince, donde después de examinado escrupulosamente por los médicos más acreditados, se sometió el 16 de Julio a la penosa operación por todos aconsejada, con la presencia de ánimo del hombre justo y la resignación del verdadero cristiano. Por desgracia no atinó el hábil cirujano que le operaba a extraerle la piedra de que sufría, en razón del tamaño que ésta había tomado; y viniéndole la inflamación consiguiente, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para impedirla, murió al cabo de cuatro días de gravedad, a las 10 de la mañana del 20 de julio de 1826 de triste recordación, y sus venerables restos fueron enterrados con los honores que le pertenecían, en el cementerio exterior de la capital de Haití, donde aguardan que la gratitud nacional se acuerde de ellos algún día, y los traiga a reposar al suelo en que tuvieron su noble origen, recompensa al verdadero mérito que bien merece de la posteridad, quien entre sus contemporáneos supo conquistar con la palabra el honroso título de primer orador sagrado de Quisqueya.

